

Título original: Da Tardelli in poi.
Traducción: Editorial Intangible.

Portada: Editorial Intangible.

© de esta edición Editorial Intangible.
© de la obra Ugo Splendore.

ISBN: 978-84-938288-0-6

Editorial Intangible.
Av. de Francia 4, 3-5
46023 Valencia, España
www.editorialintangible.com
info@editorialintangible.com

TREKKING AUTOGENO

El tiempo corre por la banda, entre tu banquillo y la hierba de un campo de fútbol que a veces es sólo imaginación y metáfora de la vida.

Han pasado ya casi treinta años de aquel gol de Tardelli en la final del Mundial de España y todo ha cambiado: desde los calendarios hasta el aire, desde los modos al dinero. Pero ha suplantado en el primer lugar a la emoción de aquella noche infinita. Han caído muros y torres, se han ido volando copas como si fuesen mariposas. Y enjambres de palabras, de los periódicos a los libros, han contado el avance de los días y de los balones.

El viento ha dado la vuelta al mundo al menos un par de veces. Una para desempolvar la vida. Una para refrescar el fútbol. Tomados juntos, la vida y el fútbol son un cocktail atómico, pero también es verdad que no es fácil, para quien crece espoleando tibias y sueños, mantenerlos separados.

Queda el hecho que a ambos les debemos algo. Al menos una acuarela indeleble, una imagen congelada en la retina. Con frecuencia sobreponemos la vida al fútbol y el fútbol a la vida: un túnel hacia el dolor, una asistencia para los amigos, una tijereta al amor. Y el balón está siempre allí, entre los pies.

Corremos, escribimos cartas desde los campos más impensables. Y el balón está allí, siempre entre los pies.

Nos detenemos en los vestuarios de la sociedad esperando una convocatoria para el próximo partido fuera de casa. Tenemos tantas ganas de hierba, salvo descubrir, al final, que nuestro color favorito es el azul, el azul de esa camiseta.

Y el balón allá, aún entre los pies.

Antes sus aventuras las contábamos y las mandaban

Oswaldo Soriano desde los confines de la Patagonia, o los amigos del barrio empeñados en un torneo empresarial, o Gianni Brera desde el interior de la niebla de las provincias padanas. Ahora las mandan todos, incluso desde América en formato *soccer* y de África con buena ración de miserias especiales.

El fútbol cuenta con sus carteros inmortales. Como Roberto Baggio, el funámbulo que llevo por mano Italia en los veinte años que van de 1982 a 2002, cuando ha rozado sólo y siempre la victoria final. Sus toques de billar y aquellas rodillas abonadas al bisturí han encantado el mundo y conquistado forofos de todas las razas.

Tardelli abre, Baggio cierra. El grito y el genio. Mañana será otro día.

Mientras tanto la vida y el balón han acercado lo inasequible. Nosotros a Tardelli. O sea: el fútbol rebelde (nosotros) al de un orden mundial (o sea, Tardelli). Acontecimientos y personas, historias y narraciones.

Todo empezó aquel día en que mi amigo Lallo, mirando un de los primeros goles de Baggio, dijo: "Para mí el mejor sigue siendo Tardelli, pero este no está mal. Es frío. Parece que hace yoga, o lo otro, como se llama, el trekking autógeno".

Desde entonces he entendido que todo se dice y nada se destruye. Que todo se puede vivir y, porque no, contar.

A PARTIR DE TARDELLI

Yo y Lallo somos amigos desde el 11 de Julio de 1982. Así lo he decidido, él no lo sabe aún.

Mejor: somos amigos desde el instante en que Tardelli mandaba a la red alemana uno de los tres balones que hicieron vencer el mundial de fútbol en tierra española. Conexión, Nando Martellini, himno nacional. Pertini presidente de la República.

Italia: Zoff, Bergomi, Cabrini, Gentile, Collovati, Scirea, Conti, Tardelli, Rossi, Oriali, Graziani (7' Altobelli, 44' 2º t Causio). Entr: Bearzot.

Alemania: Schumacher, Berndt Förster, Briegel, Kaltz, Karl Heinz Förster, Stielike, Littbarski, Dremmler (17' 2º t Hrubesch), Fischer, Breitner, Rummenigge (25' 2º t Müller). Entr.: Derwall. Árbitro: Coelho (Brasil).

Goles: 11' 2º t Rossi, 24' 2º t Tardelli, 35' 2º t Altobelli, 38' 2º t Breitner.

El partido no lo vimos juntos.

Aquella vez la locura había tomado posesión de él, de Pappo, Maurizio Soddu, Mino, Gianni La Espina y Gianni el Gusano. Habían ido al mar, a Finale Ligure. Mientras Cabrini erraba el penalti, estaban sobre el ruido de los railes, salados como salmones noruegos. Mientras Paolo Rossi la metía dentro, dormían. Al llegar el grito de Tardelli, que aún hoy me pone la piel de gallina, sudaban durmiendo. A la firma de Altobelli, dormían sudando. Así se volvía a Turín del mar sobre trenes de ganado. Con el cuerpo y con el cerebro al grill. En la mochila un balón mojado de arena aún.

Lallo y yo y éramos vecinos de hacia poco, edificios frescos de aquel año, todo lo más cien metros de distancia. Yo en el primero y él en el tercero, o al contrario si se entraba por la otra parte de la calle Rosselli.

Junto a otros chicos, de todas las medidas, habíamos atravesado aquellos años que llevaban al umbral del nuevo siglo deslizándose entre épocas nebulosas y ataques de crónica negra, como cuando Pippo el jardinero intentó matarme con un golpe de azadón dentro de un parterre mientras intentaba arrancarle el balón de las manos.

Hemos llegado al fútbol, la vida ha añadido el resto. Incluso el fósforo. A él le ha procurado un mote. En realidad Lallo se llama Giorgio. Pero nadie recuerda quien lo llamó así por primera vez, quizá Roberto Soddu. Con fatiga se recuerda que se remonta a uno de los primeros viajes a Liguria. No ha ido al extranjero todavía. ¿Las vacaciones? Un raid en Calabria para estar tres semanas en remojo en el tramo de mar donde se hallaron los Bronces de Riace, siempre allí, siempre allí.

Largas siestas y fabulosas comilonas de espaguetis le bastaban para volver como nuevo a Orbassano, nuestra ciudad que no se separa aún de las faldas de Turín. Le bastaban, aquellas sensaciones aderezadas, para presentarse regenerado en nuestro barrio modelo, extendido como pasta de *tagliatelle* entre sentimientos fértiles y desgracias implacables.

No nos asombramos más de lo que hemos hecho y de cuanto hemos visto. Y nos lo contamos como si fuese un elixir de larga vida junto a los pocos supervivientes de estos lustros marcados por mundiales y complicados por los ligues. Por un gol, un film, un ideal. Por una mujer.

El único problema es que Lallo se come las palabras, especialmente cuando es presa del énfasis. Se las traga sin masticar y no digiere los conceptos. De las palabras extranjeras reproduce el sonido. Algunas italianas, las deforma. En definitiva, hay que entenderle.

Abandonada la edad del *subbuteo*, entramos en la de los Duran Duran. Padeciendo, obviamente. La desgracia quiso que Bob Marley, el profeta que jugaba bien al balón y tocaba una música nueva, muriese en 1981, cuando estábamos a punto de mudarnos a la calle Rosselli.

En el instituto, detrás de nuestra casa, el día de su muerte los representantes de clase dijeron que no se podía hacer clase con el dolor en el corazón. Huelga. En otoño llegaron al punto de hacer desaparecer los colgadores. Huelga. En invierno sabotearon los radiadores. Tiemblo, luego hago huelga.

Maurizio Soddu, hermano del Soddu más grande, decía: huelga. Y era huelga. Soddu es un buen ejemplar, uno de esos que se comprometen, se casan, se disuelven y el día que te encuentran por la calle te dicen: “Maricón, ni llamas ni nada”.

Él siempre fue uno diferente a nosotros, quizá porque había crecido en Turín o porque era de las casas amarillas, las de enfrente, las que completaban el rectángulo del barrio. Los lados cortos eran la carretera y el campo de fútbol, con las vayas que nunca eran lo bastante altas. Ahora Soddu trabaja en la Fiat, es uno de los que mandan de verdad, pero hace huelga cuando lo dicen otros. Lallo dice que es “la ley péndulo”¹.

Por lo demás para este chico bendito la música se apagó en el concierto de Venecia de los Pink Floyd, 15 de Julio de 1989. Es la última gran empresa que hicimos juntos, estaban también los dos Roppo y Vincenzo.

Yendo hacia allá hablamos de fútbol y estoy casi seguro que el gol de Tardelli pasó a visitarnos. En Venecia, en la orilla de los Schiavoni, colonizamos dos metros de asfalto hasta la llegada de la noche, cuando la música traspasó todo - alma y nervios - y los láser perforaron el infinito. Qué espectáculo.

En el camino de vuelta no hablamos de nada, muertos de cansancio. Eran las seis de la mañana, Venecia recogía los cascos rotos, Yo había hecho pipí en el Café *Roma*, que estaba cerrado. La persiana estaba un poco oxidada.

Con el tiempo, todos hemos vivido experiencias separadas. Nos las hemos contado en cada particular, con la jerga alternativa que deriva de los errores de Lallo y de mi memoria intermitente. En fin, ha sido una lástima no haberlas vivido codo con codo. Por ejemplo no estábamos juntos aquel fin de año en la montaña cuando Roppo Uno, después de haber peleado con Massimo el Jefe porque le prohibía tirar petardos en la escalera del edificio donde habían ido a hibernar, salió golpeando la puerta y no le vieron más. A las cuatro de la mañana fueron a buscarlo. Roppo Dos lo encontró medio helado, agarrado a un capó templado aún. Le faltaba un zapato. Las gafas flotaban en la nieve. En la mano tenía una botella de whisky con la etiqueta tiesa. Cosas que pasan, especialmente en Enero.

Enero era un mes frío, Febrero también. Pasamos más de ellos a la intemperie que en lugar caliente, sentados en la acera escuchando a los mayores. Después, cuando los mayores éramos nosotros, nos mudamos al calor del círculo de las casas amarillas porque los pequeños tenían frío. Ya no fue lo mismo.

Solo una noche nos rebelamos a la dictadura del invierno: jugamos a pelota sobre el asfalto, a diez grados bajo cero, sin decir nada, durante dos horas seguidas. En el fondo el silencio y el hielo hacía de aquellos meses, como lo podría decir, purificadores.

Recuerdo que combatía por mi estómago contra las consecuencias de las atrocidades cometidas en la mesa por Navidad. Meses infames, siempre los he detestado. Sin embargo, estadísticamente, en aquellos periodos he hecho casi todas mis conquistas. Hoy lo atribuyo todo a la casualidad, pero confieso que hasta ayer creía que el Maalox nos hace más sanos y más bellos.

45° PARALELO

Cada vez que la miro, esa foto me hace venir un mareo. Donde esté la inspiración de aquel click explotado por Lallo, no se sabe. Estamos todos amontonados en el rincón arriba a la izquierda, somos nueve y parecemos veinte. Gianni el Boa tiene las manos abiertas sobre la cabeza diciendo ocho: faltan ocho segundos para el año nuevo. Lallo saca la foto, después se precipita a coger la botella de cava e intenta descorcharla. Pero se le escapa y se rompe contra el suelo.

Parece destino que Lallo no destape una botella en el momento justo. Tres años más tarde, en un restaurante cerca de Ferrara, empezó a jugar con el cuello de un cava un cuarto de hora antes del primer toque. Con exactas solicitudes, el tapón salió y, tras haber deshuesado la lámpara, fue a hacerle la raya a un señor de edad de Rovigo, cinco metros más allá.

Entonces Lallo tomó en mano una nueva botella, a veinte segundos del primer toque. Un minuto después de la hora X, cuando todos habían vaciado las copas, el tapón seguía allí, como encolado. También de aquella noche tenemos una foto. Se ve la puerta de una celda de seguridad con la tronera. Y los ojos de Lallo que invocan ayuda. La sacamos en Ariano Ferrarese, en el cuartel de Massimiliano, nuestro gran amigo que ha ido a hacer el carabiniere como es debido. Tengo álbum llenos de fotos. Hace treinta años que las recojo.

el problema es que no hablan. No escuchas las voces.

Las narraciones de tu vida, las palabras que la han escrito, son rehenes del silencio. Como las fiestas, los partidos de fútbol sobre el asfalto en ebullición, como los recuerdos.

Sería necesario un álbum de palabras y tenerlo siempre abierto, para escuchar sin ordenar el caos, para actualizar sin consumir. Cuantas palabras nos han invadido el cerebro y el esófago. Palabras y charlas, crónicas radiofónicas de Ciotti e Luzzi, trolas colosales y diálogos metafísicos, crónicas televisadas de Martellini y Pizzul, reproches y chistes, palabrotas y discursos polifónicos, imprecaciones, estallidos y palabras de barrio.

Hace veinte años conocí a un hombre que habrá pronunciado tantas palabras, pero tantas, que aún hoy no se como he podido sobrevivir a aquel alud de cuentos fantásticos, de historias estrepitosas lanzados con el gesto del líder y la discreción de un asesor fiscal.

Tocó el máximo aquella noche de Navidad, era 1982. Nunca había pasado una fuera de casa. Aquella fecha marcó mi primer verdadero incidente diplomático con mis padres. Estaba a cien metros de mi casa, en el número 34. volví a las cinco de la mañana. Me perdonaron solo porque – palabras textuales – estaba con Lallo, los dos Soddu, los dos Roppo, Pappo, Remo, Gianni el Boa, Massimo el Jefe, Gianni el Gusano, Gianni la Espina y otros aún mayores. Imagina que maldad la de mis padres.

La más dura fue mi abuela. Me dijo que por estas preocupaciones que le daba, un día u otro “ese de ahí” me habría castigado. E indicó el cuadro con espejo que tenía colgado en la pared, sobre mi cama: el rostro estilizado de Bob Marley. Creo que estaba convencida que se tratase de Nuestro Señor.

De todas formas. En el fondo, en mi casa todos sabían que aquella noche no habíamos corrido ningún peligro. En la *pizzeria* de aquel hombre, hoy un restaurante chino pero que a través de los años ha visto pasar por ahí a todas las razas, nunca se estaba en peligro. En su casa en vez las cosas cambiaban.

Lo llamábamos Mona y jamás me preocupé de saber si era su nombre o otra cosa. Había cogido el traspaso de la *pizzeria* justo después del Mundial ganado en Julio por Paolo Rossi con el pase de Bruno Conti, por Scirea con la elegancia de un rey, por Antognoni con la gracia de un príncipe, por Gentile con los modales de un doberman. Y naturalmente por Tardelli, sí, oh Tardelli, con aquel grito que nunca terminará.

Mona era un diablo delgado, excavado, de tez olivácea, pelo negro y raya pronunciada en un lado, bigotes negros y más bien espesos. Elegante, pero siempre con media talla de más. Bajo.

Rondaría los 40-45 años. Rumiante de fútbol. Forofo del Inter, que cuando había que discutir de copas y ligas lo llamaba siempre Internazionale Milano.

Mona el diablo tenía un poco el aire de un beduino y poseía una labia excepcional con acento veneciano que no la estropeaba. Mona el diablo ejercía sobre los jóvenes una influencia notable.

Y para nosotros los desarraigados, pero también para los coleccionistas de vida, era un gran punto de referencia. De él lo absorbíamos todo, como esponjas.

Mona era difícil de encuadrar. Por ejemplo un día me dijo que con los pies era bueno y que me quería llevar a Varese a hacer una prueba con el Inter, todo pagado. Yo y él, juntos. Incluido el hotel. Por fortuna no se hizo nada.

Evitar a Mona era difícil. Toda excusa era buena para capturarte, y además él era uno de los pocos que tenían memoria futbolera de los tiempos pasados, como las seis Copas de Campeones del Real Madrid, y todos los juegos de mesa del mundo. Desafiaba a cualquiera a Risk, invitaba a todos a su casa y ofrecía bombones exquisitos. A todas horas cocinaba espaguetis *aglio-olio-peperoncino* que quemaban el alma y otros lugares menos nobles. Tenía la caja del Risk bajo un montón de Playboy, pero había también otras revistas de sado-hombres que Roppo Dos y Walter Russo eran los únicos a haber tenido el coraje de hojear en su presencia.

Mona estaba orgulloso de aquel nido. Lo llamaba “el salón del diablo”. Se lamentaba solo de los campos magnéticos que se creaban bajo su casa. No conseguía activar el sistema antirrobo del coche, se apagaban los transistores, los relojes iban despacio. Sostenía que: a) Los campos magnéticos son los evidenciadores del diablo; b) su casa era tan extraña porque la atravesaba el 45° paralelo norte.

La sacra fe en el viaje me ha llevado muchos años después a Nueva Zelanda. Tengo una foto que me saca junto a una señal vial, una especie de mojón a pie de carretera, que indica el paso del 45° paralelo sur. Estaba quieto con el coche en avería. Motivo: rotura de la central eléctrica. Increíble. Mona el diablo era hartito imprevisible. La noche de Navidad nos esperó bajo la jamba mientras volvíamos de la sacrosanta misa del gallo, a donde se iba a valorar el pesebre viviente hecho por desgarrados hombres de buena voluntad y a observar la aberrante pasarela de las beatas en abrigos de pieles.

Íbamos a la carrera. El viento, que dos días antes había transportado cuatro árboles de Navidad sobre el tejado de un edificio de tres pisos, penetraba por doquier. Una vez llegados a la trastienda y sentados entorno a una mesa llena de *panettoni* robados y extra-almendrados, Mona empezó a contar cuando había estado en Vietnam combatiendo a los americanos junto al vietcong tras la retirada de los *yankee*. O sea, combatía con los americanos que se habían quedado en una especie de vacaciones de trabajo.

No me preguntéis porque lo hice, muchachos. Tenéis la boca abierta, y no me asombro, porque no sois los primeros. Lo sé, choca. Escuchad, ¿habéis visto uno, digo un italiano, volver vivo y sano de mente de Vietnam, donde llueve como no os imagináis y las minas te explotan pa-pam bajo las suelas? La vida la entiendes volando en Vietnam. Está llenas de presagios, la luna pone las sombras chinas, mangos y gusanos y tragas la fruta que te hace ir corriendo al baño. Hay días al napalm y otros aburridos en que te comes paquetes de cigarrillos enteros.

Prohibido fumar.²

Hay días con albas que se alzan lentas, lentísimas.

Prohibido entrar.

Hay días que un tiro se te va y otro te llega, como los trenes en las estaciones.

Prohibido distraerse.

He matado y herido. He disparado tantos tiros que podría llenar de casquillos un área de penalti. Después un día decidí que no era cosa arriesgar la vida por otros o por los ideales mezclados al comunismo, por el socialismo manchado por el barro y por la gentuza del sureste asiático. Gente que ni siquiera sabe para un balón. La vida hay que gozarla, mejor la vuelta a las pizzerías donde se hace dinero y siempre hay tantas ocasiones de conquistar una mujer.

Lallo cerró la boca, después apartó la mirada vítrea.

No volaba una mosca. Mona el diablo ahumó la perplejidad de todos con un movimiento de prestidigitador. Metió las manos en la despensa y sacó los últimos avances del progreso gastronómico. Olivas negras, olivas verdes picantes, salchichitas frescas, panecillos tibios, quesos fuertes y vino de raza. Inundó con perfumes y gusto el vestíbulo de nuestra santa, santísima Navidad, más transgresora que moralista, incluso íntima en aquella camada de muchachos arracimados como espárragos y hechizados por las palabras del profeta.

Mientras comíamos como visigodos, Mona retomó la narración sin freno de historias que habrían merecido muchas fotos, tantas como para completar una enciclopedia. Como la historia de Pino el Tijeretazos, su barbero, uno que no conocíamos porque estaba en la otra parte de la ciudad y que había hecho bingo procurándose una que lavaba la cabeza con champú que quitaba el hipo con dos piernas de bandera siempre descubiertas hasta las nalgas, tacones de aguja altísimos, un seno que podía sostener tres macetas de geranios y una carita inocente como la de una actriz porno. Cola fuera. La feria de las hormonas dentro. La existencia fulminada en la vía del bálsamo. Jamás hice tanto camino para hacerme desollar, jamás tuve el pelo tan arreglado. En definitiva. Arreciaba la atmósfera exiliada de la Navidad media, de la Navidad de por aquí. Fuera el viento barrendero re ordenaba a su modo los restos de una nieve tan ligera que parecía confeti. Mona nos miraba con ojos especiales, para él todos éramos bellos, buenos, óptimos chicos. Uno mejor del otro. De golpe volvió a la Navidad, pero fuera de nuestras rutas. Decíme un poco, chicos, ¿Qué fiesta es, la Navidad, si la pasas en la India como yo aquella vez que quería entrar en el cuerpo de guardia de Sonia Gandhi, que es italiana de Orbassano como todos nosotros, aquí sentados en esta mesa?

Se nos cayó la comida de la boca.

Veis, yo no soy un nacionalista, pero la idea de defender a Sonia Gandhi de los Tigres Tamil (Lallo, aún turbado, dos días más tarde les llamó los Tigres Tamoil) era como cumplir una misión divina, proteger un patrimonio de la humanidad. Sonia Gandhi, tan lánguida, tan inteligente y discreta, es un flor transplantada en el jardín equivocado. Transplantada en aquella batahola de religiones cojas como yo, en aquella pira de miedos y desconfianza, bien distinta de una gran democracia, la India. Ya te darán nirvana y kamasutra.

¿Y lo conseguiste, Mona?

Que va. Hablé con algunos funcionarios, superé las pruebas físicas pero no las de cultura. Yo con las lenguas no tengo esperanza, no fui a las escuelas justas, solo hice la de la calle. Y del hindú ni hablemos. Es peor que el árabe, o del puertorriqueño.

Por qué, ¿es difícil el puertorriqueño?

Cierto. Yo en Puerto Rico no entendía nada de lo que me decían. Pero no me hagáis hablar del Caribe, por favor.

Y entonces, ¿la India?

Nada, ya que estaba me di una vuelta. He visto las grandes ciudades, he visto gente purificarse en el Ganges, he visto las vacas acabar bajo los autobuses de Calcutta. Allá es como para los jabalíes aquí: si atropellas a uno, es tuyo. Es como si lo hubieses matado en una cacería. Y en India es así para las vacas: si aplanas una, te la quedas. Pero no te la puedes comer. La debes embalsamar. Yo planché una y la hice embalsamar, la envié a Italia pero en la frontera la bloquearon. En Italia no se pueden embalsamar los animales domésticos. Como los perros. ¿Habéis visto un perro embalsamado?

No.

Claro.

¿Qué más viste en la India?

Encantadores de serpientes, mujeres, viejas y niños. Los he visto morir en las calles de Bombay, solos, acurrucados sobre las aceras, como si quisiesen volverse fetos. Chicos, no vayáis a la India si padecéis con las escenas fuertes. Quedaos en casa.

Pausa mordisco.

Pero entonces no fue en la India donde te hiciste daño en la pierna, ¿no?

Esa es otra historia. Te digo, fue una serpiente, en la isla de Ceilán. Sabéis, Ceilán es una isla bajo la India. Es el lugar de la Tierra donde están los Tigres Tamil y miles de millones de serpientes venenosas. Algunas, cuando te muerden, te buscan enseguida un cura para confesarte. Se ve que aquella vez la muerte no quería saber nada de mí. Quizá porque era absurdo que yo, que me había entrevistado para Sonia Gandhi, fuese a hacer la guardia del cuerpo a San Pedro.

Turbación.

Sabéis, yo creo sólo en el Paraíso. El Infierno está aquí en la tierra, el Purgatorio es una invención de Dante para tener algo que escribir e impresionar a Beatriz, la mujer que amaba. ¿os ha

mordido alguna vez una serpiente? Es un pellizco multiplicado por diez. Es tan veloz que no te das cuenta, como los puñetazos que daba Cassius Clay. Mirad, la cicatriz. Por encima de la pantorrilla, en el tendón. ¿Se ve? ¿Me quito los pantalones?

No, no, se ve, se ve.

Bien. Ahora o jugamos a streap-poker o os chupáis otra historia.

Va bien la India.

India... Entonces, déjame pensar. Lallo, ponme otra cerveza. Entonces... En Calcuta fui a buscar a Madre Teresa. Imagina que necesita un cuerpo de guardia, nunca se sabe. La busco en su hospital, pero no la encuentro porque está dando vueltas por el mundo. Un leproso se acerca y me pide un cigarrillo. ¿Habéis tocado jamás un leproso?

En coro: no.

Mejor, nunca se sabe, de todos modos le dejo el paquete, total, quería dejar de fumar.

Perdona, ¿los leprosos fuman?

Cuando están curándose sí, como todos los enfermos. La lepra no es diferente a otras enfermedades. Cuando desaparece, es como la gripe.

¿Y Madre Teresa?

Nada, no conseguí conocerla.

Lástima.

Sí, lástima. Pero quizá me ocurra aquí en Italia.

¿Y después de la India, dónde has estado?

En Inglaterra. En Londres. Tenía un apartamento para mi y cada noche me llevaba a la cama una mujer diferente. Tenía un documento que tenía escrito "Sex Teacher". A las mujeres es necesario sorprenderlas, dejarlas con la boca abierta, en el Norte, se vuelven locas con el encanto latino. Yo nunca he tenido problemas. Las desdichas me las trajo el ejercito. Historia increíble. Os explico. No tenéis prisa, ¿no? Es Navidad, la noche más bella del año. No querréis pasarla sin una historia.

Por tanto. Llegué a Londres y empecé a trabajar como *pizzaiolo*, así, para desintoxicarme. De día jugaba a fútbol en tercera división, en las reservas del Tottenham. Me llamaban Garrincha, que quiere decir pajarillo cojo. ¿Sabéis quien era Garrincha, verdad?

Lallo, Remo y Gianni la Espina responden en fila: no.

Era un gran futbolista brasileño, el mejor ala del mundo.

Después hice el cámara para la BBC, pero me fui porque el ambiente de la tv no era para mi.

Demasiado estrés, demasiada gente presuntuosa, Y luego estaba el balón por ahí en medio.

El hecho es que una noche vuelvo a casa y me la encuentro revuelta. El sofá abierto como una lata de sardinas. Pienso en los ladrones, miro, pero al final no me falta nada. Hago mi denuncia a la policía y me convocan dos semanas después para explicarme todo. Habían sido los servicios secretos suizos. Me habían fichado y por un caso de homonimia había resultado ser un ex carabinero paracaidista que colaboraba con el IRA, los terroristas irlandeses. Me preguntan si quiero entrar a mi vez en los servicios secretos. Me lo pienso un poco y los mando a la mierda. Desde aquel día no me los quité de encima, veía siempre gente con la cara de poli acechando en auto bajo mi casa. Cambié de casa, fui a vivir en un ático bellissimo en el centro. Me siguieron. Hice el pintor, el cocinero, el dependiente en Harrods y llevé una vida ejemplar. Me encontré siempre con dinero en el bolsillo y lo gasté en vestidos, discos y mujeres.

Poneos de beber, venga Lallo, venga Soddu, no os quedéis ahí parados.

Una noche en un pub conocí al manager de Sade. La cantante, la mulata. Me invita a una fiesta en un local alternativo. Voy y la conozco, una tipa bellissima y sin duda una de las menos perras que se puede encontrar en aquel ambiente. Elegante y refinada, una verdadera señora. Muy sociable, intercambié alguna frase en privado y no dimos los números de teléfono, solo que ella me dio el de su manager.

En aquella fiesta me acuerdo que estaban también Boy George, los Duran Duran y los Spandau Ballet, que se pelearon entre ellos.

Pausa pistachos. Lallo los pela como un maestro.

Llegó la Navidad. Así de lleno de luces, vagabundos por las calles. Fue una Navidad triste, estaba

también la Reina, la vieja, enferma. A medianoche, ¿no van y me llaman los servicios secretos? Me dicen que hay una misión importante que hacer en Irlanda del Norte, ir a levantar un restaurante italiano, y me prometen casi mil millones de recompensa. ¿Sabéis que quiere decir, en el ambiente de los servicios secretos, una cifra así? Que: o aceptas o tienes que irte para siempre. ¿Y tú?

¡Cómo yo! La piel vale mucho más del dinero, queridos amigos. Les mandé a la mierda y ¿sabes adónde fui?

¿Adónde?

A Tonga. ¿Lo sabéis no, dónde está Tonga?

Lo tres de siempre: n-n-no.

Lejos de aquí, encima de la Polinesia. Es la tierra donde inicia el tiempo, de donde salen las franjas horarias. Pues bien, me voy porque conozco al embajador italiano en Tonga. Uno que venía de Rivalta, aquí cerca, pensad. El rey de Tonga le tenía tal aprecio que lo quiso a su lado en la tumba. El rey murió y lo está esperando, a menos que no haya muerto también mientras tanto. Tonga es un paraíso y las mujeres te las prestan los maridos como señal de hospitalidad si quieres. Quería volver a ver la Navidad, pero no lo he conseguido más.

Vamos, un brindis. A nuestra Navidad y a mi Trieste.

Volví a mi Trieste tras haber ido a todos lados. He visto las favelas de Río y los ranchitos de Caracas, he arriesgado el pellejo. He hecho un curso de *top gun* en Arizona, he desinfectado un trozo de Chad de las minas anti-hombre, he hecho el pescador de ostras en Luisiana.

Con todas las experiencias que había acumulado, cuando volví no tuve problemas. He hecho de todo. He abierto restaurantes, mi pasión, y también un estudio fotográfico. Ah, antes de que me olvide: hagamos una foto.

Fue a coger una Polaroid y nos acurrucó a todos en un rincón cerca de la chimenea dentro de la cual ardía un bonito árbol de Navidad. Los adornos estallaban. Sacó la foto y esperamos, destripando el último *panettone*. El resultado fue extraordinario. Estábamos guapísimos, con una mueca astuta y una sonrisa de idiota que nadie jamás supo retratar de nuevo. Mona se la metió enseguida en el bolsillo del abrigo, satisfecho y feliz como una Pascua.

No le hemos vuelto a ver. Desapareció en la nada algún tiempo después. Quien se quedó con la pizzeria dijo que quizá se había ido a una de sus metas imposibles, otros apostaban que había vuelto a Vietnam o a Tonga. Uno formuló la hipótesis que hubiese escapado por deudas. Tres meses más tarde un amigo suyo nos trajo sus últimas palabras: “Adiós. Me voy a resolver una cuestión. Si no vuelvo es porque me han matado”.

Nosotros esperamos aún hoy que esté vivo, superviviente de las emboscadas del destino. Y también porque quisiera saber más de Copacabana.

¹ El original es un juego de palabras entre “contrapasso”, o sea péndulo, “contrabasso”, o contrabajocomo lo llama Lallo.

² También aquí hay un juego de palabras entre Viet y “vietare”, o sea prohibir en italiano. Viet fumar o cualquiera de las siguientes prohibiciones son un juego fonético de citas.